

# Apacibles

Mariela Battistessa

Mariela Battistessa

## **Apacibles**

*En una guerra al dentón  
nada es una vida para siempre.*



Editorial Cooquel

# Capítulo 1

**Mariela Battistessa**

**A P A C I B L E S**

**En una semana el Destino cambia sus Vidas para Siempre**

**Contenido**

Capitulo I "Me Busco"

Lunes primer deseo "Tomarme un tiempo en reposo, para descansar"

Aeropuerto.

Capitulo II "Te Busco"

Martes segundo deseo "Conocer a alguien excepcional"(aunque no resultado del modo imaginado)

Elena Hospital Municipal

Capitulo III "Nos Encontramos"

Galo martes a la mañana

Capitulo IV "Me Busco Te Busco Nos Encontramos"

Galo martes a la tarde

Miguel

Capitulo V "Juntos"

Miércoles tercer deseo "Amor"

Capitulo VI

Jueves cuarto deseo "Justicia"

Capitulo VII "Familia"

Viernes, quinto deseo: " El deseo mas importante que deje este año en el árbol de Navidad: pasar la Noche Buena en familia".

## Capitulo VIII "Tres años después"

Los deseos que me llevaron a vos

Agradecimientos

*A Tobías con todo mi amor.*

"Resiliencia, la capacidad de hacer magia con las heridas. De sonreír todos los días, a pesar de los golpes, a pesar de las caídas."

Nicolás Andreoli, *Pedí un deseo*

Algunas identidades de los personajes de esta historia se han cambiado para preservar su integridad. Asimismo, los hechos aquí presentes responden a la ficción.

### **Deseos en Navidad**

#### Capitulo I: ME BUSCO

Así habían sido sus tardes. Suaves, lentas y perfumadas.

Pronto dejaría Puerto Blest y con el parte de su corazón. Dicen, o mejor dicho alguien le contó, que cuando uno se enamora comparte su corazón, es por eso que al separarnos perdemos una parte de nosotros. Ella, no sabia como se sentiría eso, pero se estaba dando cuenta que era verdad.

Dejaba una parte de si allí, de eso si que estaba segura. Amaba ese lugar, amaba sus paisajes, su perfume, su gente, cada despertar allí tenia algo de magia.

Extrañaría el color plateado que resultaba del reflejo del cielo emplomado con el agua. Cada amanecer era diferente, el sol parecía dibujar paisajes nuevos cada día. Como iba a extrañar esa belleza.

Lo había pensado mucho, como unas cien veces quizás, pero ya no iba a dar marcha atrás, su orgullo, ese que tantos problemas le traía, ese que había heredado de sus abuelos paternos, le impedía permanecer allí y mucho menos regresar alguna vez.

Esto se sumaba a la constitución sumisa en su carácter, a su resignación de naturaleza apacible en su interior, la misma que había heredado de sus abuelas maternas. Por eso es que en ella todos esos temperamentos confluían, y era en estos momentos en los que deseaba ser diferente. Es que nada cambiaba su tristeza.

Envidiaba a aquellas personas que según ella, habían simplemente nacido con suerte, que desde su nacimiento ya una hermosa casa las aguardaba, transcurrían su vida sin sobresaltos, de lo mejor, sin sacrificarse por nada y así seguían, profesionalmente con los mejores contactos, familias perfectas, amistades adecuadas y siempre con el amor correcto, en fin, una vida feliz.

Sus creencias, arraigadas tan fuertemente en ella, le hacían sostener que solo existe un amor correcto. Correcto para cada edad y para cada situación social.

Ahora creía que ya no sería correcto enamorarse. Se reprochaba a sí misma, por su último fracaso amoroso. Confirmaba así, que ya no existiría el amor. Al menos no para ella.

Por eso ahora pagaba las consecuencias con sus lágrimas, se sintió usada y humillada.

A menudo pesaba que todo era culpa de su falta de autoestima. Debería valorarse más. Tantos libros de autoayuda no le habían servido de mucho. Eso de repetir afirmaciones positivas y no se cuantos ejercicios más, que en realidad solo le recordaban que era débil. O al menos era lo que ella creía y aparentaba.

Por eso, le encantaba mirar películas en donde resaltaban los personajes protagónicos femeninos, se identificaba con ellos. Se emocionaba y se sentía feliz cuando el amor y la justicia triunfaban en un final grandioso. Porque no importaba por cuanto atravesaba el personaje y cuanto debía padecer ya que al final el bien reinaba y la felicidad llegaba. Se identificaba inconcientemente con los protagonistas, a través de ellos, se emocionaba. O tal vez evadía de ese modo su realidad.

Su vida había sido complicada y dura pero la verdad es que aun aguardaba por un final feliz, como si lo lógico y justo era esperar que ello llegue por sí solo como en el argumento de un film, o el de las novelas románticas que leía.

Siempre, por costumbre iniciaba la lectura de una nueva novela y sin poder evitarlo leía las últimas páginas para comprobar si en realidad el amor había triunfado finalmente. De lo contrario, solo la abandonaba sintiéndose defraudada.

Ahora que la tristeza la invadía, sentía con seguridad que las historias de las novelas eran solo relatos de fantasía. Si veía su vida como una gran historia, comprobaba que debía aceptar su personaje.

Aceptar su realidad, con sus equivocaciones y aciertos, eso significaba aceptarse así misma. Para que castigarse. Su personaje en esta historia

tendría hasta el momento un final incierto, porque había algo en su interior, un sentimiento que no podía identificar. Una sensación inquietante que la recorría por dentro. Que la hacía sentir inestable emocionalmente.

Solía ser segura en la mayoría de sus actividades, desde algo sencillo como comprar un chocolate. Siempre tenía la certeza de saber que actuaba bien. Ahora convivía con un estado de inseguridad total.

Se consolaba pensando que sería producto de la angustia y tristeza que le había causado la separación de su novio.

Pero mas allá de eso y cargando con una maleta de decepciones y reproches a si misma, ideas tristes y unos cuantos pesares mas, intuía para su personaje en esta novela de la vida, un final que aun no estaba escrito. Y eso si que era genial.

Esperando el regreso, decidió que ya dejaría de lado pensamientos como por ejemplo, el hecho de preguntarse por que no se conformo con una vida tranquila, sin más proyectos que descansar.

O que el amor no era para ella. Aunque la verdad es que si alguna vez creyó sentirlo, había sido tan efímero que no pudo retenerlo.

Además odiaba los cambios, cambiar le daba miedo, lo desconocido y la incertidumbre a la que se tenía que enfrentar era a lo que mas le temía.

Eso de esperar que el Universo le mande la energía necesaria y las oportunidades no era para ella. Hacía bastante que había dado por sentado que el universo la había pasado por alto.

Para Elena todo había sido complicado. Padres inestables, unidos quien sabe por que.

Jamás los había visto besándose o diciéndose alguna palabra bella. A veces se preguntaba por que estarían juntos. Si eso era el amor, era horrible. Muchas veces se había sentido con el deber de superar a sus padres, debía estudiar, porque ellos no habían podido, debía ir a la Universidad, porque ellos no habían podido. No debía tener familia ya que su madre le había inculcado la idea de independencia femenina y que los niños solo frenarían sus éxitos.

A menudo recordaba las veces en que se había preguntado que sería el amor, como se sentiría ser querida y amada por alguien. Imaginaba como sería tener hijos, las cosas que dejaría de hacer o no, pero siempre había llegado a la conclusión que pase lo que pase es muy importante generar

vínculos, no aislarse socialmente como lo habían hecho sus padres.

“Si se viera ahora”. Se sentía triste y defraudada. Se veía perdida y huyendo. Y peor aun, en vísperas de Navidad.

La navidad, la época más dulce del año. Marcaba el fin de un ciclo, renovaba esperanzas, ilusiones, unía amigos y familias.

Como siempre hacia en esta fecha, Elena había cumplido con su rutina anual de escribir siete deseos en la semana anterior de la Noche Buena, uno por cada día de la semana.

Los dejaría en su árbol una vez que llegara a su casa. Siempre comenzaba agradeciendo por el bienestar de su hija, pedía que ella siga siendo feliz y luego redactaba sus propios deseos.

Había intentado probar suerte en otra ciudad y por entonces había elegido el sur ya que su hija se había independizado y siempre se quejaba de lo asfixiante de su madre. Aunque incansablemente le repetía cuanto la amaba, lo cual era cierto.

Elena pensaba, \_ ¿Por que no puedo tener un destino prefijado como las personas normales? A menudo se preguntaba por que las cosas cambiaban tanto. Hasta su propia forma de pensar.

Regresaría a Buenos Aires sin demasiados proyectos ni pretensiones ambiciosas. Todo seria tranquilo. O al menos eso creía.

Esperaba disfrutar de mucha tranquilidad en esta época, solo descansar y relajarse. Usar el tiempo para olvidar, ya que no sabia que construir. Por no decir “que hacer”. \_ Sincerate Elena pensaba, estas navidades van a ser de lo más aburridas.

Recordaba cuanto había anhelado que estos momentos llegaran. Cuando su hija era pequeña siempre corría con el tiempo para estas épocas, que los regalos, que la cena, que los compromisos, que enviar las tarjetas. Terminaba agotada. Ahora le sobraba tiempo. Pero no tenia en que usarlo.

**Lunes**, primer deseo: “Tomarme un tiempo en reposo, para descansar”

Aeropuerto:

Finalmente Elena había llegado a Buenos Aires. Un vuelo genial sin sobresaltos, salvo que la tristeza la inundaba. Observaba el rostro de los demás pasajeros e imaginaba sus pensamientos. Se encontrarían con sus seres queridos, que seguro los aguardaban. Se los veía ansiosos, revisaban sus teléfonos celulares y la luz que emitían las pantallas de sus

smartphones se reflejaba en sus pupilas. Se desesperaban por quitar el modo avión de sus celulares. Necesitaban urgente una señal WIFI que vuela tanto como el avión en el que regresaban.

Rostros alegres y cansados pero felices por retornar de sus vacaciones. Pronto reanudarían sus rutinas, sus tareas laborales, familiares etc. Ese pensamiento, le recordó que ella tenía por delante un desafío nuevo. Organizar su vida, lo que no es poco. Ya lo había hecho en otras oportunidades y ahora se sumaba otra más, solo que en esta circunstancia los años le pesaban. Se preguntaba si finalmente esa sería su misión en la vida, ayudar a la gente, volver a empezar.

Se confortaba pensando que cuando el universo procedió a realizar la adjudicación de tareas a cada persona, seguramente a ella le había tocado la más complicada, la de siempre construir. \_"Que mala suerte"\_ , pensaba Elena en voz alta. Debían tener en cuenta que esto de estar construyendo y reconstruyendo tendría que tener la correspondiente fecha de vencimiento o caducidad como los productos del supermercado.

Aunque algunos comerciantes los remarcan arriba y entonces el vencimiento se extiende, capaz que ese era su caso. Sorprendentemente su humor había mejorado. No tanto como para sonreír pero estaba un poco mejor. \_Que raro\_ decía, quizás se debía a que pronto estarían llegando las vísperas de navidad y con ello, siempre alguna esperanza se renueva aunque sea muy pequeña.

Su propia vida lo demostraba.

Al decir verdad no sería ni la primera ni la última persona a la que habían traicionado en el amor, pero ahora que lo veía todo más claro se dio cuenta que no debía entregar su corazón tan rápido porque no toda la gente es buena.

Su ex novio, la había cambiado por otra mujer, más joven y aparentemente con mucho dinero. No quería agregar a la lista, linda y hermosa.

Se preguntaba cuanto le duraría a él esa relación. Pensaba que realmente no lo conocía y en como se había equivocado. Eso también le dolía, aceptar que ella se había equivocado. Pero como hacer para evitar enamorarse, si todo parecía tan real.

Cuando Elena tenía veintiún años, se sentía completamente sola, como irrealizada, a pesar de tener un trabajo estable, su propia casa, un novio que parecía ser la mejor persona del mundo y estar rindiendo las últimas materias en la Facultad.

No podía pedir más y sin embargo se sentía rara. Tuvo que admitirse a sí misma que anhelaba tener un hijo con toda su alma. No sabía circunstancias, cuando ni nada de eso, pero no podía evitar sentirse así. Imaginaba caminar por la calle junto a su hijo tomándole la manito. Ese era su deseo, el que siempre pedía en silencio en los cumpleaños, al árbol de Navidad a través de una tarjeta y a cuanta fuente de deseos se topara.

Cierta víspera de Navidad, entendió que su deseo nunca se cumplía, así que simplemente dejó de soñar y se abandonó a la resignación.

Se había enojado con la vida, con las celebraciones y los deseos. Hasta dejó de armar el árbol de Navidad que tanto le gustaba.

Pasó el tiempo y un febrero nació su hija. Por circunstancias ajenas a sus deseos el padre de la niña la había abandonado literalmente. Le había pedido que abortara, ya que ella sería incapaz de poder criarla y él no quería saber nada de traer un hijo a este mundo. \_"O te lo sacas o me perdes para siempre, (...) si me amas dejame en paz"\_ , habían sido las palabras que el padre de su hija le había dicho en esos momentos y siempre las recordaría.

Realmente no sintió odio por él, solo lastima por él, esa era la verdad ya que los cobardes son incapaces de dar ni de recibir amor.

Obviamente Elena se había quedado con lo mejor, con el amor verdadero, su hija.

Cuando esta ya tenía dos meses, tuvo que correr a comprar un arbolito de Navidad porque ahora eran una familia y todo era motivo de festejos.

Busco algunos adornos navideños que había guardado y que afortunadamente se habían salvado de ir a parar a la basura y se sorprendió al ver entre algunas tarjetas, un pequeño papel arrugado. Cuando lo abrió leyó: "el deseo de este año es tener un hijo", ¿cuando lo había escrito? Había olvidado lo que siempre pedía. Lloraba de felicidad. La vida, el universo, o quien sabe que, en fin, habían cumplido. Desde ese día siempre estuvo presente el árbol de Navidad, con sus correspondientes adornitos, pesebre y guirnaldas en su hogar.

Sentarse frente al árbol de Navidad era una costumbre que adoraba. Observaba los adornos, unos pocos los conservaba de épocas pasadas y algunos apreciaba más que otros. Por ejemplo, estaban sus preferidos, eran dos coronas que había comprado su abuelo cuando ella tenía un año, eran realmente preciosas, una totalmente plateada y coronada con un moño de cinta roja y la otra realizada en papel celeste que en su centro



llevaba una vela encendida totalmente construida en papel brillante.

También amaba un ángel pequeño dorado hecho de bambú, que compro para el primer arbolito de su hija, quien seria la encargada de colocarlo siempre en la cima del mismo. Primeramente, Elena debía cargarla, luego utilizaba una silla, hasta que fue lo suficientemente alta para hacerlo por si misma.

Recordaba como cada ocho de diciembre, bajaban una caja enorme del placard, que contenía todos los adornos y de cómo debían controlar a su gata Micha, que nunca podía resistirse a las bolitas de colores e intentaba una y otra vez derribar alguna hasta que lo lograba. Era genial ver como acechaba cada adornito como si fuera una gran presa. Finalmente dormía el resto del día, ya que había gastado demasiadas energías en el proceso de cacería.

Realmente en ese árbol confluían todos los recuerdos de sus navidades pasadas, las de niña, en casa de sus abuelos. ¡"Que feliz había sido en esa época, y no lo sabia entonces"! Aun recuerda el amor que le transmitían los ojos celestes de su abuelo, solo había bondad, era una mirada que inundaba ternura y que ella conservaría para siempre.

Ya saliendo del aeropuerto, caminaba tranquila cargando su mochila y bebiendo de su botellita de agua mineral, cuando se sorprende al ver a lo lejos un hombre que corre tan fuerte como sus piernas se lo permitían. Le resto importancia y siguió en su mundo pensando en lo que haría cuando llegara a su casa hasta que un horrible empujón la tira al suelo, en un golpe seco. Solo recuerda haber sentido un roce en su costado derecho.

Alguien había pasado corriendo a su lado y además de empujarla había dejado aparentemente un papel arrugado en el bolsillo de su abrigo rosa, como si se hubiese descartado algo importante.

Estaba claro que Elena caminaba, en el momento y lugar menos indicado.

Sucedio muy rápido, solo sintió el piso frío y el retumbar en su cabeza.

Al principio solo percibió sonidos que aparentemente llegaban de lejos, ella no se movía, su respiración era lenta.

Una agradable paz la invadía, quietud, reposo y cansancio mucho cansancio. No sentía sus extremidades, solo un sudor frío que la recorría, pero nada de dolor. Perdió la noción del tiempo y de si misma.

Sentía que flotaba, todo era tranquilidad, quietud y silencio.

Que agradable sensación.

No recordaba sentirse así de bien. Solo llegaban a ella pensamientos dulces, como imágenes tenues, se veía a ella con cinco años, estaba en un salón enorme con pisos de madera. Observaba la intensa luz que llegaba de los ventanales. Vestía un pintor a cuadros de color marrón. Estaba en el jardín de infantes. Solo había una salita. Una monja con su hábito blanco y celeste dibujaba unos perros con sonrisas que luego entregaba a cada niño para colorear. Se preguntaba como haría para realizarlos todos iguales.

Inhalaba con dificultad, sentía que el aire no ingresaba a su cuerpo.

Estaba aun en el piso. Era fácil rendirse ahí y en esas circunstancias.

Por alguna razón creía que era ella quien debía decidir si luchar por vivir o darse por vencida. Los ojos se le cerraban. Increíblemente no sentía dolor. Solo una inmensa vulnerabilidad y mucha paz. Una voz la quitaba de su ensimismamiento.

La llamaban a la vida.

No sabía el tiempo que había transcurrido en esa situación, parecía una eternidad.

El mayor problema, poder estabilizarla, decían los médicos.

Capitulo II: TE BUSCO:

Martes, segundo deseo: "Conocer a alguien excepcional. (Aunque no resultado del modo imaginado)".

Elena, Hospital Municipal

Finalmente despertó.

Como le dolía la cabeza era indescriptible, necesitaba algo urgente para

ese terrible dolor y encima sentía nauseas.

— ¡Hay no puede ser! Estoy en un hospital—. Decía en voz alta. Pensando en forma positiva, tendría que agradecer el hecho de estar viva. — “Si hay algo que realmente odio son los hospitales, me dan mucho miedo, incluso los odio mas que a muchas personas, o no tanto como algunas personas”.

Elena reflexionaba desde una sala del Hospital Municipal, específicamente desde el catre donde había pasado la noche, ya que no había camas disponibles para ningún enfermo que pudiera llegar a necesitarla.

En su cansancio, no podía dejar de pensar en su tristeza y en la gente que mentía, era la cualidad que mas detestaba, — “me gustaría que alguien pueda explicarme, como de un día para otro te pueden dejar de querer, así sin mas, sin un porque, sin saber si es por algo que hiciste mal o no. Eso no se hace, no se abandona a alguien de un día para otro. No se miente. No se usa a la gente. Cuanta maldad. Ahora si, aseguro que jamás volveré a confiar ni a creer en nadie”—, pensaba en voz alta. “Como le dolía el engaño de su novio”.

Por experiencia sabia que irremediablemente, en parte, el tiempo lo cura todo, más allá de que siempre quedan huellas, secuelas o viejas heridas. Pero el proceso es muy doloroso. No quería caer en un estado depresivo y además, su exnovio realmente no lo valía. Se iba a esforzar por salir adelante. Pero no podía evitar sentirse terriblemente triste.

Además era terrible reflexionar en esas circunstancias, desde un catre improvisado en la sala mas fría de un hospital.

Todo era blanco, las sabanas, las camas de fierro, las paredes, los tubos de oxigeno que esperaban pacientemente para auxiliar a quien lo necesite, solo que estaban oxidados y descargados. El oxido había manchado el piso. Si quería un lugar para llorar estaba en el sitio adecuado.

Si hubiese escuchado las palabras de su hija, — “Mama, ese tipo no me cae bien. Es un poco raro, me parece que te esta usando. No confíes mucho en el mama, en serio te lo digo porque te quiero”—.

Cuanta razón había tenido su hija, era increíble la percepción que tenia. Elena la sobreprotegía siempre que podía, intentaba resguardarla de la maldad de mundo, aunque a veces era su hija quien protegía a la madre y la aconsejaba.

Elena escuchaba el parte medico que le leía el doctor con toda su atención. Lo que oía era contundente. El golpe que había recibido en tremenda caída la había dejado hospitalizada toda la noche. Creyó

entender las palabras posible coagulo, posible lección cerebro vascular, fisura, entre otras y hasta quizás tendría alguna secuela o stress post traumático, que en ese momento seria imposible de diagnosticar y mucho menos de evaluar ya que no contaban con ningún elemento para hacerlo.

El medico continuaba explicando, que debía efectuarse estudios para lograr un diagnostico de mayor precisión pero con la salvedad de que se los debía realizar en una clínica privada, ya que en el Establecimiento donde estaban el tomógrafo se había dañado hacia dos años y para contar con un turno de un especialista neurólogo debía retirar numero a las cinco de la mañana y recién la atenderían en dos meses o tres, con algo de suerte.

Era un hombrecito sencillo, de baja estatura. Vestía un guardapolvo con su nombre bordado aparentemente por su madre, en el bolsillo derecho. Lo usaba desprendido y casi rozando el suelo, haciéndolo parecer mas bajo aun. Tenía una voz grave y fuerte, incongruente con su estatura. Su apariencia reflejaba que habitaba ya el medio siglo de edad, pero quizás seria mas joven. Aunque la calvicie y esos anteojos de marcos amarillentos que en algún momento imitaron el nácar, decían lo contrario.

Lo que le inquietaba a Elena es que no recordaba algunas cosas, escucho atentamente lo que el medico le explico brevemente y a las apuradas debido al escaso personal del Hospital, que \_"a su parecer, sus lagunas mentales desaparecerían con el tiempo, pero que le aconsejaba consultar con algún especialista. Que tenía el alta y que en lo posible se retire rápido ya que necesitaban la cama para otro paciente".

Sin ayuda Elena se levanto, era evidente que por poco la estaban echando de ahí, un enfermero gentilmente le alcanzo su mochila y le pregunto si se sentía bien, si tenía a algún familiar aguardándola o si quería llamar a alguien. "\_Si, si están afuera\_", mintió Elena. Ni loca llamaría a su hija, ya que hacerlo, era prácticamente admitir que ella tenía razón y encima había terminado en un hospital. No, eso nunca, algo de dignidad mezclado con orgullo aun conservaba, aunque no sabía bien por cuanto tiempo porque le dolía todo el cuerpo.

Solo quería salir de ese horrible lugar.

Odiaba los hospitales, prefería morirse antes de entrar a uno. Se ve que estuvo inconciente cuando la llevaron, por su propia voluntad jamás se hubiese acercado a ese lugar.

Le daban miedo. De pequeña había oído historias horribles de hospitales. Recordaba el trauma que le causaba ir a visitar a algún familiar internado, el olor, el encierro y ese calor sofocante que se respiraba en los

pasillos.

Revivía recuerdos. Cuando apenas tenía cuatro o cinco años de edad, acompañó a su madre y a su abuela a visitar a un tío que se encontraba hospitalizado en el pabellón del quemado.

Aun recuerda la injusticia por la que atravesó su familia, debido a una explosión de gran envergadura en una fábrica de conservas que había terminado con la vida de varias personas. Una tragedia que pudo evitarse si se hubieran hecho las inversiones de mantenimiento necesarias. Una de las máquinas de enlatar tomates explotó sorpresivamente. Entre los heridos, habían logrado rescatar a su tío, quien luego de pelear por su vida falleció en el hospital. Las quemaduras que tenía en su cuerpo habían hecho estragos y lo habían seguido quemando por dentro.

La fábrica siguió funcionando igual, con más recargos para el personal, ya que contaban con un empleado menos y una máquina que funcionaba de a ratos. Nadie se animó a protestar, a reclamar. Una vida menos y todo siguió como si nada, así de apacible. Odiaba las injusticias.

Elena se pone de pie lentamente y cuando apenas había llegado a la puerta de la habitación a fines de poder retirarse, un hombre que dice ser policía vestido de civil, la toma del brazo y le pide que lo acompañe.

En realidad se había presentado como policía pero ella sabía que había algo raro.

Pero él no necesitó hacer mucho esfuerzo, ella estaba un poco mareada así que prácticamente se colgó del brazo del supuesto agente policial encubierto.

Galo, el supuesto policía, se sentía visiblemente inquieto, hasta la expresión de su rostro había cambiado al observarla, como si no fuese lo que esperaba.

Esta mujer era extraña, se preguntaba si le habían dado correctamente los datos de la sala y la cama, pero en fin ahora no podía detenerse, debía actuar rápidamente y llevársela del hospital. Tarea bastante simple.

Galo odiaba su trabajo, esa era la verdad. Sabía que era ilícito, que estaba mal, que era delito, pero no podía escapar ni esperar algo más de la vida. Había aceptado por necesidad al principio, con planes de dejarlo, pero el tiempo pasaba y sentía que no podía despegar de eso que no

podía ni nombrar y ni quería pensar, esa palabra tan dolorosa: delito.

El proceso delictivo era siempre el mismo, algo mecánico para él, muy rutinario. Miguel, uno de los integrantes de la organización criminal era el encargado de contactarlo si lo necesitaban. A veces pasaban meses y no requerían de sus servicios, era algo esporádico.

Galo, actuaba con frialdad, secuestraba por pedido, así, sin más. Sin pensar y entregaba los encargos, así llamaban a las víctimas.

No pedía datos, solo unas pocas referencias indispensables para identificar a las personas que le pedían que secuestrara.

A veces se sorprendía preguntándose a sí mismo por qué no sentía remordimientos. A menudo se sentía raro, imaginaba que quizás no era como el resto de los mortales. Tenía una característica de personalidad bastante particular. Era por demás callado, le molestaba la multitud y prefería la soledad. Por eso se aislaba, consideraba que no se merecía formar parte de nada, porque no tenía derecho a nada.

El único rasgo que valoraba de sí mismo era su apacibilidad para enfrentar cada día. "El apacible", lo llamaba Miguel. Era tranquilo, apenas dialogaba.

Su vida era sencilla, no conoció a su madre, ya que ella falleció pocas horas después del parto. A menudo imaginaba su rostro y se preguntaba como sería su sonrisa. De niño le había hecho mucha falta, llegó a odiarla por haberlo abandonado. Pero luego se odiaba a sí mismo y se culpaba por la muerte de ella. Ya que en su mente se gestaba la idea de que él había sido el culpable de que su mamá no esté, solo por haber nacido.

Lo criaron sus abuelos maternos. Su padre había abandonado a su mamá al quedar ella embarazada. Otra culpa, también se sentía culpable del abandono que sufrió su madre.

Sus abuelos, muy mayores lo cuidaron con todo el amor y recursos que tenían, pero sus vidas llenas de sacrificio y trabajos arduos habían desgastado su salud a tal modo que cuando Galo tenía nueve o diez años de edad, los primeros fríos del invierno se llevaron a su abuela María, y al poco tiempo a su abuelo. Aun recuerda sus últimas palabras, "Estas en este mundo porque tienes una misión especial hijo no lo olvides" le había dicho su abuelo.

Galo deseó siempre desde el fondo de su ser que esas palabras fueran ciertas, pero ya había perdido las esperanzas hacía mucho tiempo.

Sus abuelos, le habían transmitido pacientemente el amor por las palabras y los libros. Siempre le leían cuentos por las noches antes de ir a dormir, cuando pequeño. También, inventaban historias fantásticas e inolvidables en donde todo era posible, los buenos siempre ganaban y vivían por siempre. Ahí en esas historias hermosas viviría por siempre su madre, en forma de princesa que todos los deseos los hacía realidad.

Galo había adquirido un vocabulario extenso a su corta edad y se expresaba correctamente. Era respetuoso y solidario. En esos momentos de su infancia, creía que todo era posible y que el mundo estaba rodeado de bondad.

Vivió un tiempo con unos tíos conocidos de sus abuelos, luego con unos vecinos que se compadecieron de él y así fue creciendo, sin hogar hasta que llegó a su adolescencia.

Una tarde, en que se encontraba más cansado que de costumbre, regresaba del comercio donde trabajaba como empleado repositor de mercadería y sintió que lo llamaban desde el centro de la Plaza que cruzaba a diario, para llegar a su domicilio.

No recuerda si fue por necesidad de dialogar o simplemente por el agrado de que alguien que lo requiera se acercó. Dos hombres mayores y tres jóvenes lo señalaban. Parecían atentos, le ofrecieron lo que estaban tomando ellos. Bromeaban, sonreían. Que bien se sentía ser parte de algo, pasar el tiempo así. Al caer el fin de la tarde se despidieron, quedaron en reunirse al otro día para compartir un rato, una charla y una cerveza, en esa misma plaza.

Sin más y sin condiciones que solo pasar un rato alegre descansando, ya que la vida era bastante complicada.

Que feliz se sentía, por primera vez en mucho tiempo se sentía pleno, pensaba en cuantas ocasiones se había sentido así de bien. Solo volvían a su mente los recuerdos de los besos de sus abuelos en algún cumpleaños o cuando le daban las buenas noches después de leerle todos los cuentos que él quisiera, en el calor de las manos de su abuela, en el brillo de los ojos celestes de su abuelo. "Como los extrañaba".

Si supieran a lo que se dedicaba ahora, que enojados estarían, pero peor aun, estarían terriblemente decepcionados de él. Esos pensamientos lo agobiaban, intentaba desvincularse de ellos, lo que equivalía a dejar de lado también los recuerdos de sus abuelos.

A lo largo de un par de semanas comenzó a reunirse con ese nuevo grupo de pares, hasta que le ofrecieron la posibilidad de una salida laboral rápida, segura y que según ellos, sería lo mejor que podría pasarle, ya que debido a sus condiciones esta se presentaba como la única oportunidad posible para que él se construya un futuro y pueda salir adelante económicamente.

Las oportunidades no se desaprovechan, porque no vuelven nunca, le explicaron.

Acepto sin dudar. ¿Que otra opción tendría? Al menos lo intentaría, ya que lo poco que ganaba en el comercio lo gastaba en una pieza de alquiler y apenas le quedaba para sobrevivir dignamente.

Necesitaba trabajar, esa era una realidad. No podía siquiera pensarlo mucho. No veía en su futuro inmediato demasiadas opciones disponibles para él. Tampoco iba a reflexionar y preguntarse el por qué de su condición actual. No tenía sentido, esta vida le había tocado simplemente porque sí, había nacido sin suerte y eso era todo.

Al inicio, se sorprendió ya que su nuevo supuesto "trabajo" fue más simple de lo que esperaba.

Fue sencillo, primer trabajo terminado, cobrado. No pensó, no lloró, solo lo hizo.

De los ingresos que percibía, solo tomaba lo necesario para vivir y el resto lo enviaba en un sobre sin remitente a un centro cultural que quedaba a unas pocas cuadras de la casa donde vivió de pequeño. Era el lugar en que había compartido almuerzos y sobretodo pasado muchísimas tardes cuando sus tíos lo dejaban solo, se llamaba "Compartir, pero todos lo llamaban comedor".

Era un sitio amplio, contaba con un par de tabloncitos de madera que descansaban sobre unos improvisados caballetes, que hacían las veces de comedor comunitario, donde siempre había algo caliente para ofrecer y si no tenían nada para que los niños puedan comer, siempre había un pedazo de pan para quien tuviera hambre.

Ahora de adulto, a veces pasaba por el comedor solo para saludar a los niños y voluntarios y se veía a sí mismo al observar las manitas de los niños ahuecando panes duros, ya de un par de días. Manitas frías con callos y uñitas sucias de revolver las bolsas de basura.

Galo también se tomaba un momento para observar la salita de los juguetes, como la llamaban los más pequeños, un simple sector que se



había improvisado en el fondo del comedor. Contaba con juegos de mesa y varios libros que se apilaban en un rincón. Procedían de donaciones, como todo en ese lugar, que siempre estaba esperando que algún alma caritativa pudiera aparecer.

Los libros en realidad nadie los usaba. Hasta que el mismo Galo comenzó a ordenarlos y a leerle a los niños que pasaban las tardes en el comedor.

La realidad es que muchos de ellos solo se acercaban para beber un mate cocido caliente, ya que padres los dejaban allí, mientras ellos hacían changas o alquilaban algún carro tirado por un caballo moribundo, para juntar lo que la gente tiraba a la calle.

La verdad es que los pequeños estarían mas seguros en ese lugar, que solos en sus casillas, donde en una pieza podían habitar hasta diez adultos.

El primer trabajo de Galo había sido simple. "No pienses" le aconsejó su compañero, ya que por ser el primer trabajo lo acompañarían.

La víctima había sido un empresario, un hombre mayor. A Galo solo le proporcionaron el día, horario y una foto. Así lo hizo. Capturado y entregado.

Su manera de proceder era simple. Primeramente, se realizaba la debida identificación y seguimiento de la víctima para poder retenerla.

Galo, siempre les cubría el rostro por completo. Mas que para evitar que puedan identificarlo o reconocerlo, lo hacia solo para evitarse a si mismo el dolor de ver a los ojos a sus victimas, ya que era algo que no soportaba. Nunca golpeo a nadie y mucho menos era capaz de matar.

Con el transcurrir de los días y meses, los trabajos y encargos como le decían, se fueron sucediendo esporádicamente y todos sin mayores sobresaltos, casi mecánicamente. Como también y en forma paralela, iban llegando sobres al centro Cultural.

Galo, sin pensarlo o planearlo se encontró con mucho dinero, impensado para el. La gente que lo había contratado, tenía ciertos códigos y eran especialistas y profesionales en lo que hacían.

Constituían un círculo cerrado del que él era un integrante mas. Finalmente formaba parte de un grupo, de algo. Al menos eso se sentía bien.

Toda su vida había vivido con el anhelo interno de ser querido, o de tener algún motivo en esta vida, en la que solo trascurrían los días sin mas. Ocasionalmente se mezclaba entre la gente en algún evento, en un recital o en un partido de futbol. Observaba a las familias, veía el modo en que los padres miraban a sus hijos, en como brillaban sus ojos al hacerlo. Eso si que seria algo especial.

A modo de rutina, en sus ratos libres le gustaba correr con Uarque, un ovejero alemán gigante y hermoso. Ambos se entendían, no necesitaban palabras.

Corrían hasta quedar extenuados, así dormirían mejor, sin pensamientos. Uarque era leal y fiel, pero muy reacio a las personas, solo a el le respondía. En eso se parecían.

### Capitulo III: NOS ENCONTRAMOS

Galo martes en la mañana

Ese martes se levanto temprano como todos los días y salio a correr con su perro, ya que este no seria un día diferente. Así, cumplía con una rutina que lo mantenía aferrado a algo.

Seguidamente, armo su bolso y partió para realizar un encargo, específicamente para cumplir con su trabajo.

No seria diferente a otros encargos, tenia que secuestrar a una mujer, que aparentemente estuvo hospitalizada. Como era su costumbre no pregunto las razones. Había visto una imagen un poco borrosa de ella que le mostraron para poder identificarla, pero por suerte tenia los datos del hospital en donde estaba, un Establecimiento publico, casi sin vigilancia. Era algo por demás fácil, la cargaría en su camioneta y la entregaría donde le indicaron, en eso consistía su tarea. Así que se preparo y se dirigió al Hospital Municipal.

El Centro Medico Sanitario era amplio e imponente, un edificio antiguo y gigante que contaba con tres plantas conectadas por escaleras de mármol.

Aun conservaba algunos vestigios de su origen elitista, ya que fue una clínica privada que paso a formar parte del patrimonio estatal al ser confiscada por el Gobierno en los años treinta, como tantas otras propiedades de gran envergadura.

Su estructura presumía de ascensores de metal con arabescos engarzados que se iluminaban por ventanales imponentes. Lastima que hacia mucho que habían dejado de funcionar y que los vitrales rotos por el paso del tiempo, habían sido reemplazados por policarbonato semi transparente,

debido a su bajo costo económico.

Todo se deterioraba y no existía mantenimiento alguno. Lo único que parecía resistir eran los nidos de las palomas que asomaban en forma descarada desde cada ventana.

Lo único desagradable para Galo de este lugar era el frío que se percibía al ingresar, a lo que se sumaba la cantidad de gente que aguardaba para ser asistida, junto a los cientos de vagabundos que dormían en los pasillos.

Para la Galo la realidad solo transcurría, a él le era inmune o no le acontecía. Simplemente ejecutaba sus acciones.

Conducio en forma mecánica, totalmente tieso como su mente.

Mucho tiempo había permanecido en este mismo estado emocional inmune al dolor y a los sentimientos.

El tráfico era incesante ese día, lo cual lo pone de mal humor. Como avecinando algo malo.

Detiene su marcha en el semáforo en rojo. Un par de niños aprovechan el momento para pedir monedas a los automovilistas en la doble avenida.

Los autos mas caros no bajan sus vidrios, como si los polarizados podrían esconderlos y hacerlos inmunes a la miseria.

Los más pobres en cambio, se solidarizan con los más pobres aun.

En la esquina, sentada una madre sin futuro espera a los niños para juntar la recaudación. Es una madre que parece una niña, con un gran vientre abultado a punto de parir. Sus ojos muestran más de indiferencia que de hambre y resignación.

Al retomar la marcha, los niños juegan con una botella a modo de pelota de futbol, ajenos a toda vulnerabilidad, refugiados en su ilusorio mundo infantil de juegos.

Parecía no sentir pena por nadie. O el dolor realmente no lo afectaba o había sufrido tanto, tantas capas y capas de sufrimiento que finalmente se habían sedimentado en él, formando una coraza prácticamente indestructible.

“Sala tres, cama dos” demasiado sencillo, pensó Galo. De hecho era el trabajo mas simple que le habían encargado hasta ahora.

Iba a actuar.

Espero a que un medico le diera un par de indicaciones a su victima, las que sonaban como un repertorio de rutina. Él solo observaba, desde el ingreso de la sala hospitalaria.

La paciente se pone de pie y él entra en acción: se presenta ante Elena como un policía que necesita hacerle algunas preguntas en relación al golpe que había sufrido. Le comunica formalmente que había sido victima de un robo. Intenta sujetarla por un brazo, intentando persuadirla a retirarse del lugar con él, pero no contaba con que su victima era un poco particular.

Primeramente no podía sostenerle la mirada, ya que había algo en los ojos de esa mujer que lo inquietaba. Además ella hablaba mucho y eso le molestaba enormemente, quería que se calle y poder salir de ese lugar de una buena vez.

\_No me voy a ir descalza\_ le decía Elena, \_ además no me robaron nada

así que gracias igual, gracias de verdad por el interés y por haberte tomado el trabajo de encontrarme y preocuparte. Espero que te paguen horas extra por haber venido hasta acá, o que te puedan dar el valor de lo que tuviste que gastar en combustible por mi culpa. Bueno en realidad, sabemos que no fue mi culpa, yo no tuve la culpa de nada y usted menos, sería como un encadenamiento de sucesos desagradables que me estarían sucediendo ultimadamente. Con lo cual claramente este sería uno más. O lo que es peor no se me acerque porque creo que atraigo la mala suerte y hasta podría contagiarlo ¿es supersticioso?

\_Creo que solo podría definir esta situación como un evento desafortunado por el que tuve que atravesar\_ Ella solo hablaba y hablaba.

\_ ¿Me podría atar los cordones de mis botas por favor? Es que estoy un poco mareada, son para la nieve por eso tienen esos cordones tan largos. Pensar que hace dos días estaba en la nieve y ahora acá (...) \_ ¿Sabe en realidad si hay alguna parada de taxis por acá cerca? Bueno, debería haber alguna ya que siempre hay cerca de los hospitales. Aunque mejor un veterinario que uno de estos médicos. \_Si tiene quejas diríjase a otro lugar señora, yo no tengo tiempo para escucharla y su voz molesta a los pacientes\_, le decía el médico que aun se encontraba en la sala haciendo su interminable recorrida de la mañana.

Caminaba cansado, con una tablilla en la que tenía los partes médicos que leía, lo secundaban dos enfermeras y cuatro alumnos practicantes de la Facultad de Medicina, que no dejaban de preguntarle obviedades. "Maldito martes", pensaba Galo.

\_Oiga ¿me va a ayudar con los cordones o no? Le pide Elena a Galo. Si atarle los cordones era necesario para salir finalmente de ahí lo haría y si así se callaba esta detestable mujer mucho mejor.

Elena debía admitir que su supuesta custodia o lo que ese hombre fuera, no estaba nada mal. Era alto, callado mientras le ataba sus botas ella le observaba los brazos, la espalda y le encantaron sus manos. En eso estaba, mirándolo descaradamente cuando él se pone rápidamente de pie y la descubre observándolo.

Por un instante el tiempo se detenía. Se había roto el hechizo. Dejo de observarlo al instante, porque noto que la afectaba, pero sin saber por que. ¿Que era lo que ese desconocido le provocaba? El marrón de sus ojos la había cautivado.

Galo no podía violentarla o llevarla a los empujones porque había demasiada gente y él era un profesional. Pero la verdad es que mientras le ataba las tiras de las botas imaginaba formas de atarle la boca, era insoportable, hablaba demasiado. Prefería no pensar en el tiempo que se había demorado en ese lugar.

Finalmente y para tranquilidad de los pacientes y del pobre médico clínico se habían alejado de la sala.

Salieron despacio, él se ofreció a ayudarlo a caminar pero la verdad es que casi la llevaba en el aire.

\_ "Ya está. Gracias" \_ Le dijo Elena y lo miró a los ojos fijamente por primera vez.

El tardo en reaccionar. No contesto, se limito a comenzar finalmente de una buena vez su trabajo. Elena se tomo de su brazo con total confianza. Aunque ya empezaba a reconsiderar la posibilidad de llamar a su hija, porque a pesar de intentar demostrar lo contrario, se sentía muy cansada y le pesaban las piernas. Algo que intentaba no demostrar a ese extraño del que estaba prácticamente colgada.

Que situación mas extraña, esto no podía estar pasándole ella. Odiaba las situaciones en las que no podía tener el control de todo. Su vida había sido más bien rutinaria. Siempre había mantenido un orden para todo y eso incluía no solo a las cosas, sino también a las personas que la rodeaban, quizás esa era la causa fundamental de que su hija no viviera con ella. Esto se le iba de las manos y lo peor es que con el transcurrir de los minutos, iban sucediendo más y más acontecimientos nuevos. Galo, siguió guiándola hasta la salida. Calculaba que la metería de rápidamente en su camioneta y la ataría de ser necesario. Aunque más bien prefería que no hable.

Elena se quejaba, le dolía la cabeza y no podía caminar tan rápido. Galo obviamente no la escuchaba, su voz le llegaba como un ruido molesto que no podía ni quería descifrar. Actuaba como un águila. Marco con su vista su próximo objetivo, la puerta que daba a la calle y hasta allí iría sin que nada se lo pudiera impedir. Ya había acechado a su presa, comenzaba a actuar profesionalmente, porque eso es lo que era. Seis metros aproximadamente los separaban de la salida. Pronto entregaría este turbador molesto y detestable paquete y volvería a su vida y a su rutina. Estaba seguro ahora, que ya no subestimaría sus trabajos ya que este de ser estimablemente fácil fue el peor que le había tocado pero que por suerte ya llegaba a su fin y que jamás volvería a ver a su victima. Galo reflexionaba en ello, sin siquiera imaginar lo que estaba por sucederle.

Lindo martes, pensaba irónico, por algo era el peor día de la semana. Todo sucedió de repente, mientras transitaban el último tramo que los separaba de la salida, una mujer morena y bajita les sale al encuentro de un modo desesperado. Llevaba dos trenzas largas y un bulto pequeño entre sus brazos, se la veía agitada, gesticulaba, sus rasgos resaltaban su piel morena. Había cierta dulzura en el tono de su voz, mientras hablaba miraba hacia el suelo, con actitud sumisa.

\_Aquí esta, al fin señora, \_ le hablo a Elena.

Galo solo se hizo a un costado para esquivarla. Nada lo detendría. Ya no iba a demorar más con este trabajo. Ya había perdido demasiado tiempo. Pero no contaba con la tenacidad de su acompañante. Elena se freno con todo el peso y fuerza de su cuerpo, que de hecho ni ella sabia que tenia. Estaba prácticamente clavada en ese piso como una estaca. Su brazo menudo y pequeño, se deslizo del de Galo y se soltó enseguida, tomándolo por sorpresa.

Ahí estaba Elena, parada delante de la pequeña mujer, esperando. Sintió que era su deber escucharla, a Galo pareció afectarle también la situación ya que solo se dedico a contemplar la escena, como si fuese parte de un ritual primitivo.

Elena recibió un pequeño bulto envuelto por mantas de colores que la mujer le entrego llorando, siempre manteniendo un tono grave y una voz baja y dulce le decía, \_"tome es mi nieta, mi mita'i1 pora"2 nació anoche, mi hija murió\_. Yo no puedo tenerla. Usted es la enfermera rubia a quien me dijeron que se la de para tenerla y cuidarla bien. Me hablaron de usted señora, me dijeron que se la de, cuídela, usted es gente buena, lo se. Se que ustedes pueden darle una mejor vida a nuestros niños, eso me dijeron. Gracias por haber cuidado a mi hija cuando estaba esperando para dar a luz, recibimos toda la mercadería, tantas cosas que nos ayudaron señora, gracias, gracias otra vez por todas las galletitas y juguetes que llegaban a todos nuestros niños de la comunidad." Un aroma penetrante emanaba de las mantas del bebe. \_ Es el aroma sagrado del palo santo. Explico la pequeña señora, como adivinando el pensamiento de Elena.

Pero para cuando esta pudo reaccionar, la pequeña mujer ya había desaparecido.

Se encontró con un recién nacido en sus brazos, como si fuera algo instantáneo la bebe empezó a llorar. \_Yo no soy esa tal enfermera\_ dijo Elena, recobrando la cordura y volviendo a la realidad, mientras observaba hacia el portón de salida, y mientras buscaba con la mirada inútilmente a la pequeña mujer de trenzas, se repetía a si misma que ella no era esa mujer.

Actuando con lógica, Galo intento inútilmente quitarle el bebe a Elena. Esto ya era el colmo, un bebe en medio de su trabajo. ¿Que mas podría pasar ahora? Aun no entendía porque no había podido actuar antes. Dejaría al bebe y saldría de ahí lo antes posible o era lo ultimo que haría en su vida. Ya lo iban a escuchar, no aceptaría otro garrón como este. Elena se vio envuelta en esa extraña fragancia. Palo Santo, había escuchado una antigua leyenda popular y sabia que esa madera tenia una historia larga de culto tras sus espaldas. Se usaba en rituales de limpieza y purificación desde tiempos ancestrales, incluso solo servían los que provenían de árboles muertos, pero que hayan finalizado su ciclo de vida de manera natural.

Según cuenta la leyenda, en los orígenes de la civilización, un cacique bello y virtuoso de la tribu se había enamorado de una joven doncella. Pero no fue correspondido en su amor. Así que el joven enferma de gravedad y muere sin poder ver a su amada. En el lugar donde lo sepultaron creció el árbol Cosakait, con madera y flores perfumadas. "Decidle que no quiero morir. Mas Yago (Dios) me quita la vida. Pero estaré siempre con ella. Adornare su cabeza de flores perfumadas. Ahuyentare los parásitos de su lado. Daré fragancia al agua que beban sus labios y laven sus ojos. Iré al cielo en el humo aromado de su ruego en la ceremonia del Nareg. Y estaré donde ella se encuentre y le daré lo que pida..."3 . Que hermosa historia, pensaba Elena mientras acunaba el bebe, era una historia de amor eterno. Hasta que un movimiento brusco la vuelve a la realidad. Galo decide actuar de inmediato, pero mientras tomaba al bebe de los brazos de Elena, ella reacciona inesperadamente para el.

Elena, presa de un odio desmedido que ni ella misma sabía que vivía en su interior, comienza a gritar, y no obstante, muerde en el brazo a Galo dejándolo perplejo. Al realizar tanto alboroto, la gente comenzó a rodearlos. Ella estaba segura que nadie le sacaría el bebe.

Elena gritaba: \_"Golpea mujeres, es un cobarde", me quiere pegar y sacarme el bebe, por favor ayúdenme". Con esos gritos, desato prácticamente una tormenta de gente que fue imposible de controlar. A Galo la situación se le fue de las manos. Elena se le había ido de las manos literalmente.

Todo el que pasaba por el lugar y escuchaba los gritos de Elena, se le fue encima al pobre Galo, que recibió varios golpes de todo el que caminaba, observaba y decidía participar.

Elena indiferente a la escena, contemplaba el bebe, que dormía placidamente ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

La escena duro hasta que llego al lugar, el único policía encargado de la custodia del edificio, que alertado por los gritos y al ver lo que ocurría separo a la gente e intento poner a salvo a Galo. Este no salía de su asombro, se encontraba prácticamente reducido, con sangre en la boca y no hacia más que maldecir. \_No la conozco\_ repetía, \_no se quien es esa mujer, no se por que esta en este Hospital, ni siquiera se de donde viene...\_.

Y era cierto.

Su pecho subía y bajaba, la respiración agitada remarcaba más su bronca. Parecía un personaje temerario de una película de terror. La cara con sangre y el odio inyectado en sus ojos se percibía a kilómetros.

En medio de tales circunstancias, Elena había sido prácticamente adoptada por una enfermera de cabello rubio, que desde un extremo del pasillo había presenciado todo. Era corpulenta, con cabello abundante y crespo en un tono artificialmente claro. De rasgos mas bien duros. Vestía ambo de color verde. Resaltaban en ella sus uñas largas y pintadas con restos de esmalte bordo.

O no tenía tiempo de arreglarse las manos o era así sin más, descuidada en su aspecto.

Su boca, era otro de los rasgos que resaltaba también en ella, no por lo grande, sino por el rojo oscuro con el que estaba pintada y remarcada con un brillo excesivo. Elena al verla pensó que el maquillaje debería ser para ocultar alguna imperfección del rostro, o para resaltar y embellecer. Esto parecía ser todo lo contrario. Otra cosa que había

llamado su atención en ella, era el calzado ya que supuestamente, debería ser lo mas cómodo posible debido a que en medio de las recorridas entre paciente y paciente, los enfermeros suelen caminar bastante con el correr de la noche o el transcurrir día de su guardia.

Por otra parte, el color del calzado generalmente era blanco o más bien neutro. Nunca se había imaginado que una enfermera utilizara sandalias con tacos altos y de tiras adornadas con ribetes escandalosamente plateados. Lo que le impacto no era el alto de los tacones sino los pobres pies regordetes que parecían desbordarse a través de las cintas de cuerina

que hacían lo posible para poder mantenerlos en su lugar. Deberían dolerle.

Nada más desagradable que el dolor de pies. Aunque pensándolo bien, cuantas veces había usado ella misma hermosos zapatos que le causaban ampollas y que utilizo solo una noche, donde lo único que importaba era estar hermosa. Que lindos recuerdos. Entonces, se sentía inmune al dolor.

Una voz la saco de sus pensamientos, \_"Pobrecita"\_ le decía la enfermera platinada y rolliza que la observaba, \_son terribles algunos hombres, te usan y luego te dejan, pero eso de violentar a una mujer así es realmente terrible, es algo que ya no podemos permitir como sociedad. Las mujeres somos maltratadas injustamente por dinosaurios machistas que se creen dueños de nuestro cuerpo y nuestros hijos, pero no se lo vamos a permitir\_ Elena escuchaba el discurso feminista sin opinar, solo pensaba en el bebe.

\_ Mírate abandonada y con una beba tan chiquita. Vamos que voy a acompañarte a tu casa\_ La enfermera le seguía hablando. ¿Como sabia que era una beba y no un niño?, indagaba para si misma Elena, ya que el envoltorio multicolor que tenia en sus brazos no dejaba ver el sexo del bebe. Que extraño ya que lo había dicho tan segura "beba". Era realmente raro.

Por fin alguien que habla mas que yo pensaba Elena. La enfermera le explicaba que se llamaba Kathia, pero que le decían la Caty y que su bello nombre se escribía con C no con k, que trabajaba desde hacia mucho tiempo en ese hospital y que allí estaba para ayudarla, que rápidamente la iba a sacar de ese espantoso lugar, que no tenia que preocuparse por nada mas. Que la señora que le había entregado a la niña se encontraría confundida. \_"Esos burros ignorantes que tenemos que soportar por acá estos días". Así Cathia se describía en forma tan despectiva a los descendientes de pueblos originarios que trabajaban en el hospital, en su mayoría ad honorem.

Se refería en realidad al rol de "facilitadores" que acompañaban la relación paciente-medico. Específicamente, conformaban un nexo entre el sistema de salud y las familias originarias. Era importantísima su labor para facilitar la comunicación ya que actuaban como traductores de lenguas originarias. Pero que gente corrupta y criminal como Cathia utilizaba para relevar información de mamás vulnerables.

En todo momento, resaltaba el hecho de que fuera un milagro que ella estuviera ahí para ayudarla.

Y ahí se iba Elena con una manta en los hombros, un vaso de café caliente y una beba envuelta en una manta multicolor.

Por dios, pensaba Galo, le tendrían que pagar el doble por esto. O mejor tal vez tendría que desaparecer antes de que lo maten. No pudo cumplir con su trabajo y eso era algo grave.

Creía que si era verdad que existía algún dios, ahora mismo lo estaba castigando por todos los pecados que había cometido. Pero más bien esto no había sido un castigo para el, sino una forma de tortura. Pero que tenía nombre y se llamaba Elena.



Quien seria esta mujer, se preguntaba desde el piso, mientras esperaba que algún medico y/o enfermero lo pueda socorrer, "una espera en vano ya que a los golpeadores de mujeres cobardes nadie los ayuda". Se le había escapado. A el, que nunca cometía errores. Sabía lo que le esperaba.

De todos modos era la primera vez que fallaba y eso contaba a su favor. Pero estaba al corriente de lo estrictos que eran. Se encontraba en problemas y de los serios.

Galo, la observaba desde el piso, la vio alejarse abrazada por una mujer exuberante que vestida el clásico ambo verde del hospital. ¿Pero a donde se irían? Como le dolía tolo el cuerpo. ¿O seria el orgullo? Maldita mujer. Tenia que salir de ahí.

Esto no podía suceder y de esta manera, la peor de todas. Prefería estar muerto.

Se sentía terrible, aunque después de todo se lo merecía, desde el suelo no podía dejar de ver como se le iba caminando su victima, una imagen que de a ratos se le desdibujaba, debido a los golpes.

En sus ojos ya se comenzaba a notar un color púrpura rosado que emanaba por debajo de la hinchazón. No tardarían en volverse grises los moretones.

El custodio que intervino, una vez disuadidos los espectadores y al comprobar que todo había terminado, resto importancia a lo sucedido y se dirigió rápidamente a otro sector del Hospital en donde era requerido.

Las personas que se encontraban aguardando para ser atendidas murmuraban. " \_Es que un espectáculo así no se veía desde hacia dos semanas\_ ", los saco al menos de sus penas y de sus rutinas agobiantes de retirar un turno de madrugada para que algún familiar enfermo pueda ser evaluado por algún especialista, en los próximos meses.

Por otro lado, este espectáculo había sido mejor que el ultimo, comentaban entre si las personas catalogadas como indigentes y que prácticamente vivían en el lugar. Uno de ellos, le ofrece a Galo un vaso de agua que había conseguido del dispenser del sector de oftalmología, ya que la secretaria del área, dejaba la puerta de la sala de espera sin llave, para que estas personas puedan prepararse algo caliente en las noches. Un alma buena, pensaban.

A veces se encontraban con alguna bolsita con bizcochos o algún pedacito de torta, que había sobrado del festejo del cumpleaños de algún medico o de alguien de la administración. En otras ocasiones se habían sorprendido con restos de una pizza de muzzarella, que había dejado de seguro "la del área de rayos porque estaría en esos días tristes y no hacia la dieta" era lo mejor que les podía ocurrir, pensaban. Eso les alegraba la noche y en esos momentos eran felices. \_Te digo que no, que estuvo mejor lo de la otra vez\_ comentaba uno de ellos a su amigo. Se refería a un sábado, (los sábados eran los mejores días) uno, en que la ambulancia ingreso a un hombre completamente borracho que bailaba sin parar y hasta hizo un show de Streep tess con baile incluido, pero que había durado poco porque los enfermeros actuaron con esos calmantes fuertes. Mucha droga rara, pensaban.

Aunque la realidad es que para ellos fue genial porque les sirvieron los zapatos y el abrigo que el pobre hombre había lanzado por los aires en medio de su show y que ellos de buena gana recibieron. La camisa no les sirvió, era fría y resbalosa, el pantalón tampoco, porque parecía una calza negra. Ambas prendas fueron a parar a los perritos de la puerta, es que por esos días nada se desperdiciaba.

No había sido necesario comunicar a sus respectivos jefes que el trabajo encargado, por muy fácil que parecía, había salido terriblemente mal y con complicaciones. Bueno, que en realidad no había salido, había fallado. Ellos, ya se habían interiorizado de todo a través de las redes sociales. Las imágenes de un presunto maltratador de mujeres, "el golpeador del hospital" lo llamaban, se viralizaron en segundos, el escache fue contundente. Además de que el mismo se odiaba, ahora era la persona más detestable en algunas redes sociales. En vano había servido cubrirse con un gorro de lana, ya que esa prenda fue la primera en volar en medio de la golpiza.

Odiaba mucho mas a esa mujer, en realidad quería odiarla, pero solo se odiaba a si mismo. Aunque no podía dejar de pensar en el bebe, abandonado en los brazos de ella, llegando a este mundo a cambio de la vida de su madre.

Era extraño el destino, deseo con todo su corazón que el pequeño bebe tenga mas oportunidades que el. Que tenga la suerte de crecer con una familia que lo cuide y lo ame.

Se sorprendió con esos pensamientos. Debería estar preocupado y asustado o temer lo que le pudiera ocurrir por haber fallado en el secuestro y sin embargo pensaba en ese bebe.

¿Seria que deliraba por los golpes que había recibido? Que injusto, como iba a defenderse uno contra trescientos.

Encima el hospital estaba atestado de decoraciones navideñas, las guirnaldas y lucecitas lo invadían todo. Algunas habían quedado diseminadas a lo largo del corredor de la entrada.

Maldito martes.

Todo había sucedido tan rápido, como una escena de una película de acción. Lo malo es que el era uno de los protagonistas y justamente el "malo" para ser mas específicos.

Nadie se dio cuenta de que la escena había sido observada atentamente por otro personaje, desde el pasillo de hospital. Alguien que le aportaba aun más incertidumbre y misterio a la historia.

1 Niña en lengua nativa de los guaranies. El Guarini fue la primera lengua indígena americana en alcanzar el estatus de idioma oficial.

2 Hermosa en lengua nativa de los guaranies.

3 Diccionario de Mitos y Leyendas, producción del Equipo NAYA

<http://www.equiponaya.com.ar/> . Flury Lázaro. Tradiciones, leyendas y

vida de los indios del Norte. Ciordia y Rodríguez. Buenos Aires, 1945.

Capitulo IV: ME BUSCO TE BUSCO NOS ENCONTRAMOS